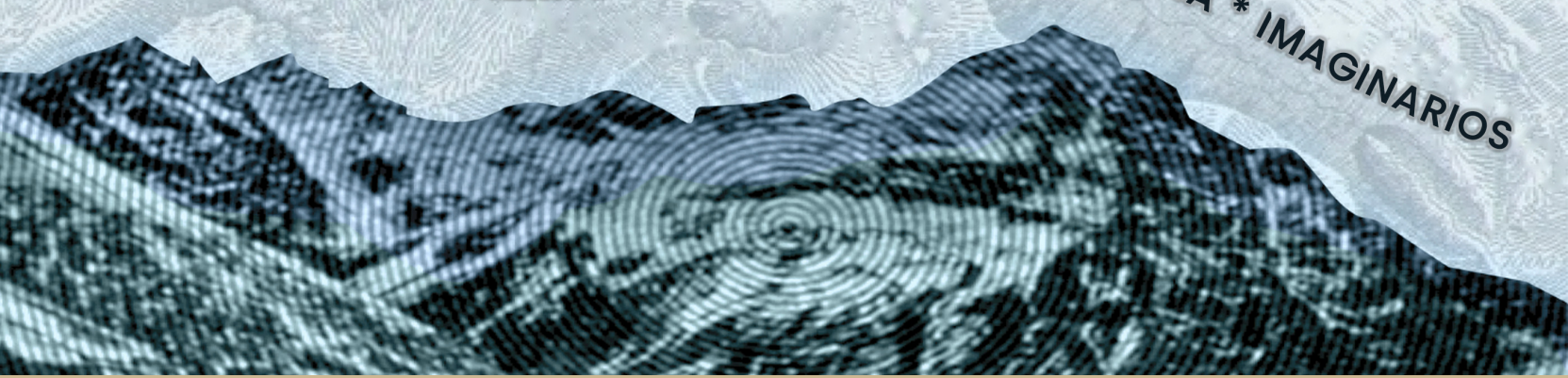
EDICIÓN # 1 OCTUBRE 2026

Crisol

revista literaria

CONVOCATORIA INVIERNO SUR * TERRITORIOS * POESÍA * IMAGINARIOS



EN ESTE NÚMERO

Índice

EDICIÓN 1
INVIERNO

EDITORIAL
Editorial 3

CRÓNICA
Desde el bosque no se ven los cruceros 6
Felipe Sasso

ENSAYO
Palabras contra el viento 7
Outis

ENTREVISTA A ANDREA SANTANA BONACICH
Fragmentos de un cuerpo desamado entretejido en la naturaleza 9
por Isabel Margarita Peña N.

APUNTES
Sobre el gesto de devolverse 15
Mariana Camelio Vezzani



POESÍA
Andrea Santana Bonacich · Karen Brito Maturana · Roberto Niculcar · Moisés Cárdenas Chacón · William Keith Sutherland Rubilar · Ricardo Olave Montecinos 17

TRADUCCIÓN
Totalidad: el color del eclipse 26
Anne Carson · traducción de Alfonso Matus

NOVELA
Vasallo (extracto) 28
Pavel Oyarzún

TERRITORIO
La lectura en voz alta como práctica compartida 30
Revista Crisol



IMAGINARIOS
CloroHegel · Dos vendedores ambulantes · Manuscrito apócrifo 33
(contra)noticias

EDITORIAL

Editorial

Atravesamos el equinoccio y la cosecha invernal de letras ya está aquí.

El poder floreciente en el tránsito del invierno hacia la primavera es el agua. Nuestro sur nos empapa a punta de rocío, chubascos, aguaceros; las constelaciones de gotas en las ventanas atizan la imaginación con asociaciones inusitadas; todo lo que ha sido latente y rumiado en secreto comienza a ver la luz. El proceso de la escritura es, de alguna forma, el reverso de los ciclos naturales, y su afinidad con los viajes del agua por el cielo y la tierra genera campos metafóricos, magnetismos semánticos, figuras ágiles y escurridizas de todo tipo. Como ocurre con el hielo, que sueña con el movimiento del cauce ya emancipado de la quietud por la luz primaveral, los textos inéditos esperan largo tiempo para tomar vuelo hacia otras miradas. Y, antes que todo, siempre, la lectura. Antes de escribir leímos el lenguaje de las nubes, el susurro del viento, el tempo y eco del oleaje, las huellas en la nieve y el texto de la lluvia en nuestras ventanas. Antes de enarbolar al verbo lo recibimos, hechizados, en silencio, entregándonos a sus designios. Al menos eso es lo que logra la literatura de fuste: llevarnos allí donde no estamos, inaugurando momentos que permiten la fuga del espacio-tiempo.

En esta encrucijada cultural que nos avasalla a punta de una incertidumbre radical y una proliferación de contenidos digitales e inteligencias artificiales, de leyes de presupuesto que denuestan la cultura y retóricas gubernamentales que procuran reducir el poder del lenguaje y la imaginación para someterlos a las leyes de la productividad y las apariencias, de supuestos currículos y jerarquías que nada tienen que ver con la creatividad, volver a respirar en la atmósfera íntima de un texto que se nos revela solo a nosotros, que nos interpela o contagia con un sentimiento, alguna idea, alguna memoria, es más necesario que nunca. Detenerse, dejar que la prosa o la poesía nos arrullen y tomar la siesta con una almohada de libros como hacían los poetas nómadas japoneses. Esa es la invitación que les hacemos con nuestra primera edición de la **Revista Crisol de Literatura, Territorio e Imaginarios.** No al apuro ni al comentario prefabricado, los invitamos a seguir el placer de la lectura, a elegir sus textos o que ellos los elijan. Para eso hemos seleccionado una diversidad de textos, recibidos a través de nuestra convocatoria abierta y de nuestros colaboradores, para que cada quien halle una lengua, una voz afín.

El lector atento encontrará aquí poetas emergentes, como la magallánica Andrea Santana Bonacich, a quien entrevistamos sobre la publicación de su primer poemario, *Prevenir la erosión,* y algunos de cuyos poemas nos comparte acompañados de la prosa espejeante y sutil de su amiga, la también poeta magallánica Mariana Camelio, que ahonda en el diálogo de aquellos poemas con el territorio magallánico, sus algas, mareas, montes y exilios sureños en clave de canciones. El joven poeta temucano Ricardo Olave Montecinos también nos comparte algunos poemas de *Portugal Blues,* su último poemario que hace del viaje y la *saudade* un canto común.

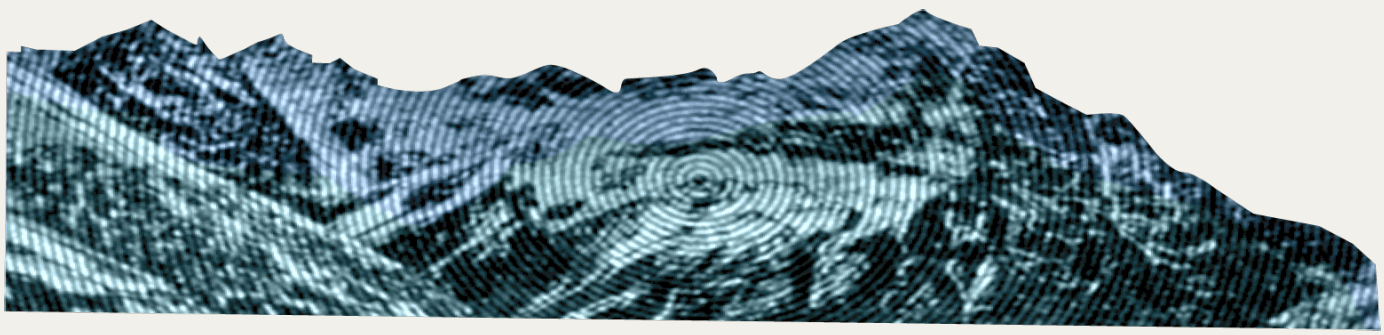
Entre estas aguas están los textos de aquellos que postularon sus crónicas, ensayos y poesías de todo tono y color, dialogando con el mar, las canciones de Soda Stereo, la tradición de las décimas

chilenas, el diccionario y hasta la visión del canal Beagle, del cual Felipe Sasso nos da un pequeño retrato y nos recuerda su nombre yagán: *Onašaga.* Nombrar las cosas por su nombre y que el mapa blanco de las hojas recobre la historia menos contada. Eso es lo que también hace, desde otra vereda, el experimentado narrador magallánico Pavel Oyarzún, quien tuvo la cortesía de compartirnos las primeras páginas de su última novela, *Vasallo,* en la que un hombre emprende una travesía casi imposible desde el Estrecho de Magallanes hasta Villa de San Pablo de Piratininga, en la costa suroriental del Brasil hacia finales del siglo XVI.

Para finalizar pueden zambullirse en nuestros **Imaginarios,** cuyo contenido es alto en delirio, sentido del humor y gimnasia metafórica. Bienvenidos al juego, las semillas que ha traído el viento antártico y han soñado bajo la nieve, se abren con el deshielo. La alquimia verbal de nuestro Crisol está en sus manos.

Equipo editorial

Dirección: Alfonso Matus Santa Cruz
Edición: Isabel Margarita Peña
Diseño: Kim Jauregui Lucero



CRÓNICA · ENSAYO · ENTREVISTA



Desde donde estoy no se ven los cruceros

FELIPE SASSO

CRÓNICA

Por: Felipe Sasso

54°56′ S · 67°37′ O
PUERTO WILLIAMS

Desde el bosque no se ven los cruceros

Hay un bote detenido en la playa. Lleva años ahí. Lo he fotografiado en distintos momentos: con nieve, sol o lluvia. Me gusta cómo luce. El naranja chillón contrasta con la solemnidad del *Onašaga* y las montañas nevadas de Tierra del Fuego, en el lado argentino.

El bote aguarda paciente, como todo en esta isla. Como el bosque frente a casa donde las vacas y caballos entran en fila antes de una tormenta y permanecen ahí hasta que el clima mejore. Yo ingreso después, cuando ellos salen y el olor a ganado queda impregnado en los árboles. El bosque de las vacas, le digo. Recojo ramas para despejar el camino. Las cambio de lugar, como hago con las arañas que encuentro en casa en vez de matarlas. Trato de intervenir lo menos posible.

Me gustaría que todo se quedara como está. Igual que el bote en la playa. Que no se tale ningún otro árbol, que no se levanten más casas y que para los turistas termine siendo corriente este paraíso frágil.

Construyeron una villa donde antes paseaba a mis perros. Arrasaron con un bosque de lengas y coihues de más de quinientos años. De a poco comencé a escuchar el sonido de las máquinas. Primero las motosierras, con un zumbido débil parecido a un insecto. Con los días el ruido se hizo más fuerte e iba acompañado con el estruendo de los árboles al caer. Parecía que entre más añosos más ruido hacían al desplomarse. Lo que oía quizás eran los lamentos que esos gigantes lanzaban a modo de despedida.

Ya no vivo en el pueblo. Desde la casa se ve la costa norte de la isla, también el *Onašaga,* que es como los yaganes le dicen al Canal Beagle. En algunas semanas, por acá se reactivará el tránsito de cruceros. Y en pocos años, el turismo masivo será implacable con este territorio. Un nuevo hotel construido para quienes viajen a la Antártica anticipa lo que viene. 150 habitaciones para trescientos pasajeros. Una cifra absurda para un pueblo de 1.700 personas.

Williams ya cambió, me dijo un vecino. Él llegó con cinco años a la isla. Yo, con treinta y seis. Aquí aprendí a convivir con la angustia de que este territorio deje de ser lo que era. Pienso en los pájaros, por ejemplo. Una amiga bióloga me explicó que acá viven más tiempo porque se estresan menos. ¿Por cuánto seguirá siendo así? Descargué una aplicación para identificarlos. Quiero reconocerlos por su canto. Oírlos y decir: “el cometocino anda contento esta mañana”.

Hoy vi un carpintero macho. Nunca había visto uno tan cerca. Trepaba el árbol ágilmente, exhibiendo su característica cabeza roja. Dejó que me acercara. El sonido del golpeteo en el tronco se expandía entre los otros árboles, nada lo interrumpía. Me gusta estar acá. El bosque aplaca mi sensación de angustia. Desde donde estoy no se ven los cruceros.

Felipe Sasso (San Vicente de Tagua Tagua, 1986). Es escritor y periodista. Ha publicado los libros *Tierra Larga* (2021) e *Insular* (2024). Actualmente vive en Puerto Williams, en la Provincia Antártica Chilena.

“Afuera, sol de guerra y olor a vacaciones.”

RAÚL RUIZ

ENSAYO

Por: Outis

Palabras contra el viento

La pasión por las letras asomó en aquella época en la que aún creía que a las palabras se las llevaba el viento. Esa idea me hostigaba cada vez que mi padre me daba un texto a leer y tropezaba con términos que desconocía. Le preguntaba acerca de tal o cual palabra, y él, todavía no sé cómo, las sabía todas. Un día, quizás harto de responder a tanta demanda, me empezó a esquivar, a decir "fijate vos que esa no la sé". Era mentira. Quiere quitarme de encima, pensé. Tiempo después comprendí que en realidad deseaba abrirme la puerta hacia otro universo, uno que existía dentro del diccionario.

Las palabras son una especie de código misterioso donde solo en un libro puede revelarse la clave para acceder al significado secreto. Esta idea siempre me capturó. En ese entonces me entretenía pasando las hojas y detenía el impulso al azar, alojaba al índice en cualquier parte y así acertaba, por lo general, con una desconocida para mí: "sacamantecas", que no era un instrumento industrial utilizado para extraer manteca sino un ser imaginario que asustaba a los niños; "atarván", persona mal educada o de modales groseros; "brequear", que significaba moderar o parar con el freno. Y muchas veces buscaba otras dirigidas hacia mí, como mocoso: que tiene mocos. Imberbe: que no tiene barba. Pendejo: pelo que nace en el pubis. Y la lista sigue. Las recibía con el gesto perdido de quien presiente algo malo, pero sin saber con exactitud qué. Hoy podría responderle: Brequeá sacamantecas, no seas atarván; solo para reencontrar en él un gesto de confusión que alguna vez fue mío.

Los términos no tienen un significado arbitrario, o divino, sino que son producto de una historia, de una etimología: detrás de cada palabra se agazapa un relato. Etimología significa *origen de las palabras.* Todos saben lo que es una tarantela, pero muy pocos saben que tarantela proviene de tarántula y que su definición original remitía a *el baile de la tarántula.* Los antiguos aldeanos de la provincia de Tarento, Italia, creían que la mordedura de esta araña producía grave melancolía y pesar, que sólo se disipaba agitándose mucho para eliminar las toxinas por los poros. Esto lo supe indagando. Indagar etimológicamente significa *seguir la pista de un animal.* También descubrí que negocio es la negación del ocio, es decir, la privación de este, y que considerar (siderar proviene de estrella) es algo así como *pensar mirando las estrellas.*

Intuí que no iba a terminar jamás de encandilarme con el diccionario, que era un organismo vivo y se nutría a diario de acepciones nuevas, ansiosas de ser pronunciadas, comprendidas. Las palabras son más parecidas a nosotros de lo que entendemos. Aunque nosotros estemos hechos de carne y hueso y ellas de consonantes y vocales, nos estrecha un comportamiento similar: son sociales porque adoran las reuniones y encuentros, les gusta vivir en comunidad, dentro de la oración en la que cada una cumple su función específica. Las personas con propósito fluimos por la vida como las palabras por un texto, pero la sustancia, sea carne, hueso, vocal o consonante es una anécdota cuando hallamos el espíritu. En algunas frases, si aguzamos la vista y, más aún, el entendimiento podemos percibir el alma de la oración. Descubrir el alma en una frase hizo que escribir tuviera sentido. A veces me pregunto si es posible cierta correspondencia, si ese espíritu que acabo de hallar sobre la hoja es capaz de ver el mío observándolo.

Las palabras son tan similares a nosotros que incluso presentan profesiones o personalidades marcadas: están las médicas, que sanan o alivian; las violentas, dispuestas a herirnos; las simples, las complejas, las abogadas —que utilizamos para entendernos con las complejas—, también las hay de clase baja, clase media, y clase alta; las hay filósofas que suelen terminar en signo de pregunta y maternales, como "abrigate, comé, ojo al cruzar".

Tampoco son indiferentes a las crisis, a muchas no les alcanza el salario, que dicho sea de paso, salario proviene de sal —salario era la compensación que se le daba a los soldados para que pudieran comprar sal, un recurso muy valioso en la antigüedad—. Así, las palabras para lograr subsistir, al igual que nosotros, necesitan otro empleo. Nosotros nos volvemos poli-

empleados y ellas polisémicas, es decir que tienen diversas acepciones. Por ejemplo "enervar" viéndose eclipsada por su compañera sinónima "debilitar", se volvió algo nerviosa, tanto que desde hace tiempo todos la asocian con su nuevo empleo que es "poner nervioso". O *bizarro,* que alguna vez supo ser *gallardo, valiente,* hoy se lo observa de reojo como a alguien *raro.* Estos cambios produjeron tensión entre las letras, momentos álgidos. Y entendamos por *álgido* a un estado crítico, caliente, aunque en el pasado supo significar "que hiela o que enfría".

Como en toda organización imperfecta hay cargos que no están cubiertos —la silla vacía de una definición sin palabra designada— y, a la inversa, dos vocablos haciendo el trabajo de uno solo, los ñoquis literarios, como lo son escorpión (con aire griego) y alacrán (con aire árabe) señalando exactamente al mismo artrópodo.

Y, como nosotros, tienen etapas de vida: nacen (cuando son neologismos), envejecen —cuando se sobreutilizan o se agotan en las páginas de abusadores y repetidores profanos—, y mueren de orfandad (cuando son arcaísmos, las hojas secas del idioma) a veces por ser anticuadas, o en el peor de los casos por la llegada de un neologismo arrogante y con idéntica significación.

Pero como en un relato de ficción también están las inmortales. Al fin de cuentas, sólo perecerán las palabras que no formen frases, las que carezcan de vínculos, pero sobre todo de ese peso sutil y suficiente que les proporciona el espíritu. Solo aquellas, carentes de alma, serán las palabras que se llevará el viento.

Mariano Zotelo (Buenos Aires, 1975), es escritor de narrativa y poesía, además de profesor nacional de música con especialidad en piano, de la Universidad Nacional del Arte. En los años 90 conoció y frecuentó a poetas como Jorge García Sabal, Joaquín O. Giannuzzi y a Olga Orozco, de quienes se nutrió en su primera etapa. En el 2003 publicaron una selección de sus escritos en la revista Hablar de Poesía. Es autor de *Molinos* (relatos, 2024).

"Estoy convencido de que incluso cuando todo está o parece perdido hay que volver a ponerse a trabajar tranquilamente, volviendo a empezar por el principio."

ANTONIO GRAMSCI

ENTREVISTA

Por Isabel Margarita Peña N.

53°10′ S · 70°55′ O
PUNTA ARENAS

Prevenir la erosión:

Fragmentos de un cuerpo desamado entretejido en la naturaleza

Entrevista a la poeta Andrea Santana Bonacich



Andrea Santana Bonacich

Tras varios intentos de reunirnos a conversar en un café de Punta Arenas ese viernes lo logramos, ella ya estaba ahí con sus audífonos y un libro que a simple vista no pude identificar, luego leí "El abanico de seda". Nos saludamos, veo que es más bien menuda y de sonrisa dulce, como su tono de voz. Al poco tiempo me cuenta que es primera vez que la entrevistan, aunque también recordamos juntas que este no es nuestro primer contacto, ya que años atrás nos enviamos correos electrónicos para incluirla en una investigación de creación literaria femenina: La Letra Escondida II*. La publicación de su primer libro ***Prevenir la erosión*** es la excusa para saber más sobre esta nueva voz poética del territorio austral, que si bien lleva años gestándose, ella misma confiesa que solo hace dos años comenzó a pensarse hacia afuera, tras reconocer y valorar que ya contaba con un trabajo que podía compartir. Andrea, nació en Santiago, pero llegó a los 8 meses a vivir a Magallanes, así que enfatiza inmediatamente que es "magallánica". Después del colegio, se fue a estudiar Fonoaudiología en Viña del Mar y se quedó trabajando allá. Tras 14 años en esa zona, retornó a su región en 2022 debido a la enfermedad y muerte de su padre, y luego en 2024 para quedarse definitivamente. "Mucha soledad", confiesa. Durante todo ese tiempo fuera y desde muy chica la escritura la ha acompañado, dice que antes no sabía lo que hacía, en cambio su madre veía que lo que escribía era poesía.

A fines de junio presentó su libro en Santiago, en el Bar Liguria, acompañada por Camila Blavi y en julio lo hizo en Punta Arenas, en el auditorio Ernesto Livacic de la Universidad de Magallanes, junto a Mariana Camelio –Poetas que admira y reconoce como referentes–. En esta entrevista ahonda en el proceso de creación de *Prevenir la erosión,* el mundo editorial y la edición misma; esa etapa de leer, releer y pulir hasta los espacios que hay entre los versos: los silencios. De un proceso de autoconocimiento profundamente ligado a la naturaleza que habita, que se cuela en todas las páginas del libro, en todos sus poemas sin títulos ni comas. También cuenta que "ahora todo está tranquilo". Se siente una *flâneur:* caminante que observa, es de las que va tomando notas en el celular, sabe que si no lo hace las palabras se le van. Siempre está registrando y cuando puede trabaja sobre aquello que recolecta, se da el tiempo para crear, está en la etapa de su vida en que la poesía ha tomado su lugar.

El contexto de esta entrevista es el lanzamiento de tu primer libro, *Prevenir la erosión,* publicado recientemente por la editorial La Calabaza del diablo. Partamos directamente por este logro que es, finalmente, concretar una edición con tu trabajo poético, que entiendo vienes desarrollando desde hace ya muchos años.

Sí. La verdad es que, en lo personal, he escrito desde hace muchos muchos años y si bien es cierto que nunca me planteé como objetivo el publicar un libro, me di cuenta que tenía ya hecho un trabajo, tenía como algo hecho. Y dije, "¿Por qué no?" Y justo me encontraba en un periodo de vida muy personal donde estaban aflorando muchas emociones y me aferré mucho más a la poesía de lo que suelo aferrarme. Gracias a eso estuve trabajando dos años con toda esta emocionalidad y al verla siendo también consciente de que hay un trabajo y de que podía hacer algo que quizás podría presentar, digamos, a una editorial... Ya teniendo alrededor de 30 páginas más o menos, que es lo que también suelen pedir en los fondos de cultura. Eh, empecé a golpear puertas de editoriales, empecé también a hacer consultas con escritoras de acá, sobre todo con Mariana Camelio, que es también quien escribió la contratapa.

Tuve un par de reuniones con ella donde fue el primer ojo editor, digamos, que vio mi libro, un manuscrito que es completamente distinto a lo que hoy día ya es el libro. Y bueno, con ella también obtuve como estas orientaciones en cuanto a las editoriales. Escribí a muchas editoriales de Santiago, algunas independientes, con distintas formas de trabajo. Me respondieron, la mayoría me respondió. Tuve suerte también de eso, aunque la mayoría ya tenía también copado todo lo que es 2026, 2027 en cuanto a publicaciones. Y hubo otra que también me había aceptado, pero era mucho más independiente y ellas se financiaban, digamos, con dinero, o sea, muy particular, tenía que pagar sí o sí la editorial, la edición y todo. Y los libros de La Calabaza funcionan de otra forma y gracias a esa forma fue que ellos también quisieron trabajar conmigo. Ellos igual le han publicado a Rocío Escobar. Rocío Escobar también fue una escritora que ustedes publicaron en la revista y gracias a ese contacto logré acceder a ellos.

¿Cuál es la forma de trabajo de esa editorial?

Ellos se encargan de la edición completa del libro. Principalmente tienen una ¿Cómo se dice? Un catálogo, digamos, de poesía donde todos los libros son iguales, en tema de diseño y portadas. Ven tu manuscrito y te hacen algunas sugerencias, cambios muy pequeños. Yo en verdad pensé que iba a ser algo mucho más grande, pero no. Creo que el mayor trabajo lo hice yo. Pero ellos igual se enfocan en algunas cosas. Y lo que hacen es imprimirte 300 libros, de esos 300 libros te dan 15 para ti y además te hacen un descuento de un 40% en la compra de tu mismo libro. Entonces, en el fondo, lo que hacen ellos es hacer que tú les compres el libro y tú lo puedes revender, digamos, al precio que ellos lo venden o quizás más alto. Ahí tú ves cómo lo haces.

Es como una forma de financiamiento mixto.

Claro. Entonces ya tienen una forma de portada, de contraportada, obviamente tú no puedes tocar nada de esa parte.

Eso, justamente, te quería preguntar, me llamó la atención que tiene ese estilo que recuerda a un periódico antiguo.

Sí, es la estética de ellos. La verdad es que yo no indagué mucho más allá de por qué era así, pero me di cuenta de que claro, es su forma de publicar poesía, y tienen otro diseño que es para todos los de narrativa y así. En un principio como que a mí no me gustaba mucho la tapa, porque siento que igual el nombre está muy presente –su nombre–. Como que yo igual quería pasar un poco más desapercibida, pero bueno, ya que ellos me abrieron las puertas, en verdad, yo fui feliz con ellos a trabajar y son de Santiago, entonces igual todo el contacto fue a través de correos, yo creo que tengo al menos unos 60 correos ida y venida y después pasamos al WhatsApp, entonces igual fue entretenido.

¿Ya estabas viviendo acá en Punta Arenas?

Sí, a ellos los conocí recién para la Furia del libro que fue hace poquito, fue en mayo si mal no recuerdo. Ahí no presentaron el libro, pero sí lo llevaron, entonces, fue como la primera exposición que tuvo, digamos, al público. Así que ahí también viajé obviamente para ver el libro en un stand dentro de muchos otros libros de autores y fue muy bonito.

Pasando a la creación poética misma, ¿cómo nace Prevenir la erosión, ya como libro? Me decías que tenías un material que después trabajaste por aproximadamente dos años. ¿Ya se llamaba Prevenir la erosión o al nombre llegaste después?

No. De hecho, cuando estuve escribiendo tenía un primer nombre que era 'Si las palomas fueran golondrinas', pero no tenía ningún sentido. Es solamente un título que a mí me gusta y que se me ocurrió hace más de 5 años atrás y que todavía conservo, lo ando cargando para que llegue su momento y va a

florecer. Pero el libro en sí mismo nació de mucha escritura de la naturaleza, se nota ahí también. Estaba también en un periodo donde trataba de encontrarme conmigo misma, como un proceso de autoconocimiento, de hacer cosas que realmente me gustaran y en eso la naturaleza tiene mucho que ver. La estadía también acá en Magallanes. Y también las idas y venidas a Santiago, era un periodo donde viajaba mucho a Santiago. Entonces, hay algunas partes donde está escondida igual la capital ahí.

Pero es como un ir y venir entre esos dos lugares. Y mezcla mucho lo que me gusta, los ojos, las aves, la naturaleza, las flores, el amor, el desamor, ahí siempre aunque esté o no transita siempre el territorio y un quiebre amoroso que se va ahí perdiendo, vuelve.

Sí, pienso que al leerlo se puede vislumbrar tres pilares: la naturaleza, el desamor y también hay una cosa como fisiológica; el cuerpo.

El cuerpo, sí. El cuerpo también está muy presente y es muy personal. Hay una autora, que no recuerdo bien el nombre ahora, pero ella decía 'que es realmente cierto en el poeta de lo que escribe, será un 40-70% real, cuál es ficción y qué no'. Diría que en este libro al menos, yo creo que un 80% es real. Y dentro de estos dos años, que fue el periodo de escritura, me pasaron muchas cosas: tenía dolores físicos, que hasta el día igual persisten un poco. Pero claro, ese dolor físico también se agarraba mucho de la emoción.

Entonces, claro, si hay un brazo que se está desgarrando, realmente es que me dolía mucho el brazo o el estómago que está entre el mar o cosas así que son imágenes que se van viendo en el libro.

Y en cuanto al estilo poético... los poemas no tienen título

No hay títulos. No hay mayúsculas, no hay comas.

Quizás, incluso, hay momentos en que uno no sabe bien dónde termina un poema y dónde empieza el otro. No en todos, pero en algunos pasa eso, ¿cómo surge esta propuesta?

Surge también a través de una búsqueda propia de voz poética, que es como se denomina. La voz poética es un tema que se habla mucho dentro del ambiente de quienes escriben poesía. En lo personal, soy de las personas que piensa que la voz poética está, pero a la vez puede ir mutando y puede ir cambiando de acuerdo a lo que tú quieras comunicar en el momento. Desde escribir versos a una prosa poética, no sé, depende, si estoy vomitando, digamos, algo, entonces lo voy a escribir de una forma más de prosa o en verso porque quiero que haya una pausa, que se entienda que acá hay un espacio, hay un silencio, que respira el poema. Y yo tenía la duda de cómo escribirlo también, si estaba bien así o no. Y ahí me puse a leer mucho más de lo que leía, más poesía.

También Mariana (Camelio) me ha ayudado, me prestó varios libros y empecé a leer y darme cuenta de cómo también yo me sentía más cómoda, de qué era lo que yo realmente quería comunicar, de cómo lo quiero comunicar. Y le encontré mayor sentido de que fuera así y es una forma de distribuir también que me acomoda mucho, sí, el hecho de que sean versos, de que tengas la duda o que puedas simplemente pensar que es un poema entero o son varios o hay dos puntos o tres. De que hay pausas también, por eso también los espacios, de que hay versos que tal vez quieren llamar mucho más la atención, entonces están centrados.

Eh, es como eso, como un juego dentro de la edición y es también, diría yo, la parte más compleja de todo porque es leerlo e ir viendo realmente dónde va el verso.

¿Eso lo haces al final del final, es la última depuración?

No, está en todo el camino. Sí, porque tú lo vas leyendo y, al menos de mi forma de trabajo, no sé cómo lo hará el resto, pero al menos a mí me pasa que escribo de una forma y claro, yo ya siempre voy a tener los versos y los espacios, pero después me doy cuenta de que quizás esto es más continuo y quizás lo subo también y así. Es un proceso que va acompañando todo el libro.

¿Qué referentes literarios te acompañaron durante este proceso?

Durante el proceso mayormente fue Idea Vilariño, que es también quien puse en el epígrafe, como en honor a ella por su forma de escritura, por los temas que aborda, pero principalmente ella. Otra referente sería Anne Carson, que también escribe en prosa poética, estuve leyendo más de ella, pero para ver líneas de visión de poética propiamente tal, como si es verso, si es prosa..., pero fue algo muy personal, la verdad.

¿Y había otras lecturas que te acompañaran, que quizás no las leíste intencionadamente para ayudarte en tu composición poética, sino que las lecturas como lectora?

De siempre estoy acompañada de libros. Pero no recuerdo qué estaba leyendo en ese momento. Ahora estoy leyendo a Lisa See que es una escritora china, *El abanico de seda*. Este libro de

hecho me acompaña desde el verano del año pasado, que todavía estaba escribiendo el libro, y lo había pausado, ahora que lo recuerdo, lo pausé y lo retomé hace poco porque es un libro que es muy doloroso, entonces a mí me causaba mucha emoción leerlo. Entonces ahora estoy siendo más valiente y lo estoy terminando.

Andrea, tú tienes un diplomado en poesía universal de la Universidad Católica de Valparaíso, ¿cómo pasas de la fonoaudiología a ya formarte, específicamente, en poesía?

Son decisiones grandes que uno va tomando de acuerdo a lo que te apasiona, creo yo. No es que no tenga estudios de fonoaudiología, por el contrario, tengo muchísimos. Pero lo que realmente me mueve mucho es esto y quería sí o sí hacer un diplomado y no encontraba nada de fonoaudiología que me motivara entonces dije: "En verdad, lo que haría es estudiar algo de poesía". Quiero sí o sí saber más de lo que soy y fue en un momento en que el 2020 o 2021, por ahí, teníamos una colectiva que se llamaba Nunca quisimos ser reinas, con las que igual sacamos una antología de poesía. Y ese fue como el primer paso para abrirme al resto, porque yo escribía, pero para mi. Esa fue la primera vez que fui parte de un círculo de poetas, de mujeres que sabían mucho y me di cuenta que yo no tenía idea de nada. O sea, yo solamente escribía. Y no tenía idea, hablaban, por ejemplo, de Raúl Zurita, y yo no tenía idea quién era Raúl Zurita. De Gabriela Mistral y su importancia en Magallanes y yo como, ¿por qué Magallanes?, ¿estuvo Magallanes? O sea, yo era completamente ignorante.

Yo solamente escribía y cuando era más chica no tenía idea que era un poema lo que yo escribía. Mi mamá sí, y ahí fue como que en verdad, uy, hay un vacío muy grande que necesito y quiero cubrir. Sí. Y ahí fue la decisión, la hermosa decisión de tomar ese diplomado porque fue lo máximo, lo pasé superbién, aprendí mucho y desde ahí empezó a tomar fuerza, nunca lo dejé. Es como realmente tomar las riendas de lo que tú quieres hacer y ser en la vida, y darle a eso. Energía. Así que desde ahí hasta hoy me han fluido muy bien las cosas.



Presentación del poemario Prevenir la erosión en el Auditorio Ernesto Livacic de la Universidad de Magallanes. 10 de julio 2026

¿Qué proyecciones tienes para *Prevenir la erosión?* No hablemos todavía de otros proyectos, sino de este libro; ya tuviste una presentación en la Universidad de Magallanes, ¿piensas hacer algunas otras acciones como para visibilizarlo un poco más?

Lo que pretendo hacer, que todavía no he hecho, es llevarlo a bibliotecas públicas, que igual creo que es algo importante. Eso todavía no lo he hecho porque también estoy esperando que lleguen un poco más de ejemplares. Pero no tengo ningún proyecto en particular para el libro. Sí tengo otros proyectos personales de poesía, pero de momento siento que él como que cumplió su ciclo, que llegó a donde tenía que estar.

¿Conoces algo, por ejemplo, de los sistemas de distribución de libros acá en la región?

Acá no, no conozco la verdad mucho más allá. O sea, sé que están las ferias de libros y todo, pero tampoco me entero como antes. Porque hace poco fue la feria Dinko Pavlov y pensé podría quizás haber estado acá y haber estado con mis libros, pero ¿en qué momento pasó esto?

¿Sientes que hay ahí una brecha todavía, por ejemplo, entre quién escribe y cuál es el camino de vida de un libro?

Puede ser o puede ser que sea algo más personal, que yo solamente lo desconozca. No me atrevería a indagar mucho más allá de modo general.

¿Pero no esperas, entonces, que se vendan los libros?

Sí, sí. Creo que de hecho esta es una oportunidad para eso. Pero, por ejemplo, yo no puedo llevar el libro a librerías, porque eso está dentro del contrato con la editorial. Lo que yo

puedo hacer es vender directamente los libros, que es lo que estoy haciendo, principalmente a través de Redes Sociales. Pero mayor difusión tampoco sabría cómo hacerlo, sé que las revistas, por ejemplo, sí ayudan mucho. La publicación en el diario que también la hice, ese tipo de cosas que dan movimiento sí. Pero más allá no sé, obviamente me gustaría participar de ferias y cosas así, pero desconozco también cómo es el proceso, si hay que postular, si es de la municipalidad, cómo tengo que llegar allá, etc.

La editorial vende el libro a través de BuscaLibre. De esas ventas la autora recibe un 10%.

En 2024 retornaste definitivamente a Magallanes. ¿Cómo ves lo que está sucediendo acá en la región, en cuanto a la escena literaria?

Yo la verdad es que estoy muy apartada de lo que se está generando, pero por lo que he visto ha habido movimiento literario, creo que se han activado varias chicas también, compañeras de la antología de Nunca quisimos ser reinas, también están activas. Ahora tienen otros clubes literarios. Yo soy más solita. Igual ahora le dije, por ejemplo, a la Camila Eschmann, que es una de ellas, le dije, "Oye, avísame si hay puntos de lectura porque yo feliz voy", quiero empezar a leer mi libro, darle la oportunidad de que la gente me escuche que también es algo importante porque siento que igual la voz del autor es parte también de la obra. Es muy distinto cuando el poeta lee sus poemas.

Creo que acá en la región igual es un buen lugar para generar lazos porque es pequeño, entonces me imagino que la gente tiende igual a ir a estas cosas. Allá en Viña para mí era mucho más complicado. De hecho nunca tuve contacto con nadie (del ámbito poético). Estaba viviendo en Viña y era parte de Nunca quisimos ser reinas que era de acá... Pero yo creo que igual tiene que haber mucho, pero la red es más lejana. Acá como que todos se conocen, o yo conozco, tengo el dato y así igual es un poco más fácil.

RETORNO A MAGALLANES

Yo nací en Santiago, pero llegué a los 8 meses acá, así que soy magallánica. Me fui a estudiar a Viña y me quedé trabajando allá. Estuve 13 años allá, en total, o 14. Volví porque ya estaba un poco aburrida de allá, me sentía muy sola, tenía una soledad, independiente que tuviera amigos, como que estaba muy muy sola. Tenía mi trabajo estable, ejercía, estaba todo bien. Pero me sentía muy sola y también aparte pasó la muerte de mi papá, que eso también hizo que me viniera como medio año del 2022 acá, a cuidarlo y todo. Entonces ahí me di cuenta que en verdad extrañaba mucho a mi familia, sí. Yo creo que si no hubiese pasado quizás eso seguiría allá, pero me hizo como un remezón, como que dije, "¡Wow!, está pasando la vida y quiero volver".

Y ahora, ¿en qué etapa te encuentras?

Ahora todo está tranquilo, siento que ese cliché de decir 'está siendo mi año' es muy real, como que lo siento muy así. Tengo una consulta de fonoaudiología, trabajo ahí, de a poquito me llegan niños, también estoy en el café –Vaho, un café y pastelería Bistró de Punta Arenas–, que igual es como algo estable. Lo que me gusta mucho es que el café no me usa la mente, entonces eso me permite seguir escribiendo; mi mente está tan tranquila que yo sigo activa en la parte creativa. Así que eso me deja muy bien.

O sea, desearía que ojalá llegue un trabajo de fonoaudiología, pero trato de no presionar tanto eso porque sé que quizás en algún momento llegue y ya voy a tener que soltar lo otro. De momento estoy disfrutando mucho esto.

Decía también en ambas presentaciones que siento que sacar un libro es como estar de cumpleaños, mucha gente te escribe, te saluda, te felicita y recibes mucho cariño y de verdad que es un proceso muy muy bonito. Así que igual eso me dejó bien elevada, así como ¡qué lindo!

¿Tienes material para ir pensando en otro libro?

Sí, tengo más material. De hecho igual estoy en un taller de poesía y ahí estamos trabajando mis textos, los otros compañeros también, pero eso siempre está está activo. Siempre está pasando. Mi idea igual es trabajarlo bien todo este año para ver si el próximo paso es realmente tener un buen trabajo y postularlo al fondo de creación literaria el otro año.

¿Y qué temas están pulsando más fuerte ahora? Porque en este había un desamor muy fuerte, me imagino que habla de una época que ya no está tan presente.

No, de hecho ahora está muy amorosa. Pasando de un extremo a otro –bromea–. No, pero por ejemplo el tema que ahora está más fuerte es la naturaleza de acá. Sí, eso es lo que predomina mucho, no hay tanto vínculo social.

¿Y te interesa trabajarlo desde una visión quizás más experimental, no tanto desde la percepción humana?, me refiero a que por ejemplo, en *Prevenir la erosión* sentí que tratabas de meterte en límites o crear imágenes que como humanos no tenemos tanto acceso o no le ponemos

esa atención. ¿Desde dónde te sitúas finalmente para hablar de naturaleza?

Yo creo que para mí es un poco difícil quitarme la voz, como solo hablar desde mí y no creo que este sea un caso distinto. Porque claro, hay otros poetas que se sitúan desde objetos o, no sé, cualquier cosa puede hablar en el fondo. De acuerdo a las perspectivas que tengas. Pero lo personal siempre está el yo personal presente. Siempre es una imagen que yo veo, de lo que observo, de lo que está presente en el entorno mientras estoy en el lugar. Lo que pasa es que yo siempre estoy muy atenta a todo. Cuando camino veo si hay una ave, noto cuál es, entonces siempre estoy pajareando o viendo si hay una planta, estoy muy conectada con mi entorno. Y voy registrando.

Hay una palabra que igual a mí me hace mucho sentido, que es el *flâneur* , que es una palabra francesa, es como el caminante que observa. Yo me siento muy *flâneur*. Soy de esas personas que si tengo un momento lo camino, lo observo y lo anoto. Es una parte mía y no me puedo separar de eso. Y es algo que también he aprendido a saber atrapar con el tiempo, porque la poesía de repente te llega y si no la sabes agarrar en el momento se te va. Y esas palabras no van a volver –anota en el teléfono, ya no es la de la libreta–, si voy caminando de repente se me ocurre una frase o vi algo, lo tengo que anotar en el momento porque ya aprendí que si no lo anoto, ya no vuelve. Exacto.

Andrea, para finalizar, podrías mencionar algunos referentes poéticos actuales que para tí sea importante destacar.

Te podría hablar de Emilia Pequeño, una escritora de Santiago que debe tener unos 30 años más o menos, que fue publicada en Vaso roto, ganó un premio hace un par de años atrás. Que ha publicado harto y me gusta mucho su poesía, de hecho, creo que la forma de escritura que utilizamos es muy similar. También está Victoria Ramírez que es una persona genial, ella es muy amorosa y también ha ganado premios literarios importantes. Me gusta mucho su escritura, ella escribe mucho sobre la naturaleza, es un referente igual bien grande y coincidente también porque la conocí no hace mucho tiempo y la empecé a leer y me di cuenta que wow, escribo cosas muy similares. Y Camila Blavi también, ella es la escritora con quien estoy tomando el taller de poesía. Te hablé de tres mujeres muy contemporáneas de Santiago.

Ningún hombre.

No, de momento no tengo referentes hombres. Me gusta mucho leer a mujeres como Camila y las demás que mencioné, son personas que saben mucho y es también lo que yo busco, que me puedan enseñar más técnicas cosas que yo igual desconozco. Porque claro, mi diplomado de poesía fue sobre la historia de la poesía pero no tanto de la técnica. Y esas cosas son las que ahora estoy puliendo. Ahora si tú lees la Antología de poetas magallánicas, ahí hay una Andrea del pasado sin técnica. O sea, si tú lees esos poemas y luego te vas a leer lo de ahora, te vas a dar cuenta que ha cambiado harto, más sigo estando yo, sigue habiendo desamor, como que los temas igual suelen reiterarse, pero la técnica, la forma del verso está súper distinta. Sigue siendo verso libre sí.

Me gusta mucho esto, me refiero a que no haya tanta coma ni punto, o sea, para mí en verdad sí están las comas, sí están los puntos. Pero quizás claro, para el lector que no lea tanta poesía no lo va a entender y no lo va a ver. Pero por ejemplo, si un verso termina y se aparta y viene otro, hay un silencio, hay un tiempo, hay una coma que quizás no está visualmente, pero sí está imaginada. O el punto. Entonces es la forma. Y me gusta esta forma.

Y creo que la voz igual puede cambiar y puede ir adaptándose de acuerdo a lo que uno esté viviendo o de acuerdo a lo que uno quiera comunicar. Puede ser muy flexible. Pero por ejemplo, el trabajo nuevo que estoy haciendo tiene esta misma forma. Sí, que es lo que me ha acomodado de momento, así que no sé qué pasará más adelante.

"No mires las miradas. No pienses en la muerte.
Dejar de juzgar es salir de prisión."

PASCAL QUIGNARD

APUNTES

Por Mariana Camelio Vezzani

Sobre el gesto de devolverse

Apuntes sobre Prevenir la erosión *de Andrea Santana*

Mientras leía los poemas de *Prevenir la erosión* de Andrea Santana Bonacich pensé mucho en la canción "Hounds of love" de Kate Bush. Es una canción de amor que trata también sobre la valentía, y me gusta mucho sobre todo por una imagen: la hablante camina por el campo y ve a un grupo de perros cazar a un zorro. No se explica bien cómo, pero ella se acerca, toma al animal entre sus brazos y en las manos siente cómo al zorro, aterrado y pequeño, le late acelerado el corazón. La imagen es esa y me conmueve siempre porque lo que hace aquí Kate Bush es crear una correspondencia entre el mundo de afuera —el zorro al que acaban de cazar—, y el mundo de adentro o lo que sentimos, que en la canción podría ser el miedo a amar. Cuento todo esto porque creo que es precisamente esta correspondencia entre mundo de afuera-mundo de adentro uno de los hallazgos más bellos del libro de Andrea.

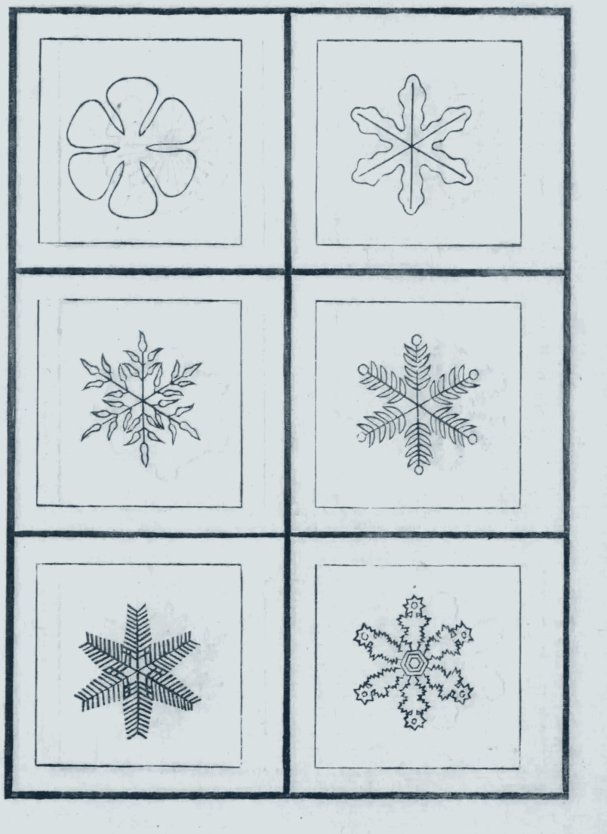
Prevenir la erosión es un libro que comienza con el gesto de devolverse, de ir hacia atrás para mirar de nuevo lo que entendemos pronto como la experiencia de una ruptura amorosa. En un gesto similar a la copla de cuerpo repartido, "Exiliada del sur" de Violeta Parra o "Reliquia" de Rosalía, en el segundo poema del conjunto hay una voz cuyo cuerpo se desarma: "me devolví/ para navegar entre mis desechos/ un río de piedra corría por mi boca/ [...]encaminada por la orilla/ encontré restos de mis órganos/ queriendo escapar del agua". La voz aquí se desdobla y va de a poco: ve sus ojos, sus pulmones, sus codos flotando en el agua y el intestino enredado en las algas, como quien ve disgregada en el mar una versión pasada de sí misma. "Mis manos aferradas/ a un fósil de tu cara", dice, como si cada fragmento de su cuerpo llevara consigo la evidencia de que alguna vez se fue algo que ya no se es más. La voz de estos poemas, sin embargo, es valiente: no se desprende de ese cuerpo repartido, sino que vuelve a recogerse y luego, como después de cada gran desastre, ensaya formas para ensamblarse una vez más. Los poemas que siguen, —y esta es quizás mi primera tesis de lectura—, son las huellas que deja esa voz al volver la mirada a sus experiencias pasadas y ensayar las formas de volver a empezar. Entre esos poemas-huellas, se describen intentos por nadar a contracorriente, la sensación de una catástrofe inevitable y luego la urgencia por el cuerpo de un otro que está ausente y que hace falta. Sin embargo, la descripción de estas experiencias se completa con la introducción de otros elementos, elementos del mundo de afuera del que hablábamos al comienzo y que hacen particulares a estos poemas. Cito, por ejemplo: "me encuentro con la estúpida idea de no volver a verte/ el vidrio se rompe/ una ola de pájaros inunda mi habitación/ se enfrían mis hombros/ las plumas se dispersan/ tiemblan mis heridas". Tal como ocurre en la canción de Kate Bush, el poema se vuelca a lo exterior —a los pájaros inundando una habitación—, cuando el lenguaje ya no es suficiente para dar cuenta de la experiencia.

Busco más ejemplos. Hay un grupo de poemas que pienso como el corazón de este libro —por su fuerza y porque están en la mitad—, que reconstruyen una caminata o una especie de peregrinación hacia la cima del monte Fenton, detrás de Punta Arenas. Se describe cómo una rama resiste el peso de la nieve, el color de los hongos que crecen entre las grietas de una lenga, la forma en la que un hilo de agua bifurca el cauce y de a poco desaparece. Y es en estas descripciones que creo que la autora hace una operación muy cuidadosa. Cito algunos ejemplos: "la lenga muere oxidada/ en su cuerpo agrietado/ encuentro hongos pavo"; o "sobre el musgo que aproxima tu pulgar/ existen insectos resistiendo a la suspensión/ pueden oírse/ no es imprescindible mirar". En estos poemas, lo importante no es el esfuerzo físico ni la distancia recorrida hasta la cumbre, sino el gesto de mirar de cerca, de agudizar el oído y de prestar atención a todo aquello que habita el camino. Mientras, la voz sigue subiendo, ve a lo lejos asomarse el invierno y de pronto pareciera que la montaña ya no es montaña:

> antorchas
> bajarán por tu hendidura
>
> atravesando la clavícula izquierda
> no te darás cuenta cuando el frío se apodere de tus glándulas
> tragarás saliva
>
> un sismo azotará la montaña tiroidea

Una quebrada se transforma en cuerpo, y ese tú al que se dirige la voz se amolda al ritmo de un territorio que se recorre atento y se mira con detenimiento. Mira aquí, más cerca, pareciera que nos dicen estos poemas, recordándonos que la curiosidad es la forma más fundamental del amor y, por lo tanto, la mejor brújula si nos proponemos volver a empezar.

POESÍA



mi talón pisa pequeños cristales

ANDREA SANTANA BONACICH

POESÍA

Poesía

ANDREA SANTANA BONACICH

Del poemario Prevenir la erosión · Extracto

me devolví
para navegar entre mis deshechos
un río de piedra corría por mi boca
escupirlas me dolía tanto

como el último periodo menstrual

encaminada por la orilla
encontré restos de mis órganos
queriendo escapar del agua
comencé a recolectar mis partes
y me adentré en 570 kilómetros
ausentes de olas
cerca de una boya
mis pulmones flotando
el intestino enredado con las algas
dos ojos escapando de gaviotas
codos sumergidos
avanzando en posición baja
la lengua bebiéndose el agua
mis manos aferradas
a un fósil de tu cara

P. 10

por el borde del sendero
un hilo de agua
bifurca su senda vertiginosa
pierde grosor en cada esquina

quisiera abrir una cañería para que forme su cauce
avanzar es un cáncer terminal
su destino es ser parte del fango
regular el ecosistema
prevenir la erosión

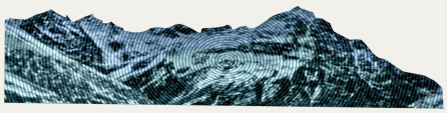
P. 31

la estampa actual del monte Fenton
será recordada
a 9 kilómetros al oeste de Punta Arenas
se asoma el invierno
nuestras voces serán apagadas por sus rachas
antorchas
bajarán por tu hendidura
atravesando la clavícula izquierda
no te darás cuenta cuando el frío se apodere de tus glándulas
tragarás saliva
un sismo azotará la montaña tiroidea

P. 33

dime
piel rayada
voz de pájaro
ojos de hogar
dónde encuentro
tierra que olvidó mi nombre
mi talón pisa
pequeños cristales
que se pegan como lapas a esta carne
dime en qué sitio
meto mi cuerpo de acantilado
para que piqueros aniden
protejan cuiden

P. 18



CONVOCATORIA INVIERNO

KAREN BRITO MATURANA

LO QUE HABITA EN LAS PROFUNDIDADES

El mar tiene mala memoria.

Devuelve maderas,
algas prendidas a una cuerda,
la vértebra diminuta de algún pez.

Nunca lo que una viene a buscar.

Por eso regreso.

Imagino que en alguna profundidad
permanece lo que hemos perdido,
a salvo de nuestros olvidos.

Una voz.
El aire antes de una risa,
La soledad por elección.

Nuestro místico mar sureño debe saber de eso.

También él repite
las mismas palabras
y nunca suena igual.

De niña recogía conchas
y las acercaba al oído.

Me dijeron que dentro
vivía el océano.

Era mi sangre.

Entonces todavía no sabía
cuántas cosas pasarían por mí
antes de perder su nombre.

El miedo.
La espera.
Ciertas formas del amor.

Tampoco sabía
que la memoria tiene mareas:

hay días en que devuelve
hasta el más pequeño gesto,

y otros
en que se retira tanto
que deja la orilla vacía.

A veces quisiera sumergirme
solo para comprobar
que algo nuestro habita abajo.

No para quedarme.

He aprendido demasiado
sobre volver a la superficie.

Pero quisiera descender lo suficiente
para escuchar una vez más
aquello que la memoria
comienza a decir en voz baja.

Porque olvidar no sucede de golpe.

Primero desaparece un gesto.
Después una caricia.

Una tarde cualquiera descubres
que ya no recuerdas una risa
y algo dentro de ti
retrocede como la marea.

Entonces comprendes:

también existen naufragios
que ocurren en tierra firme.

Yo he tenido los míos.

He recogido de la arena
pedazos de mí misma
sin saber a qué parte pertenecían.

Una niña empeñada
en merecer su lugar en el mundo.

Una mujer que hizo del quedarse
la manera de sobrevivir.

Una madre

que duerme con un oído despierto.

Pero hay algo cruel en el agua:
no conserva las formas.

Una lágrima cae
y deja de ser lágrima.

Un río llega al océano
y pierde su nombre.

La lluvia toca la tierra
y nadie vuelve a llamarla lluvia.

Quizás por eso
me cuesta creer en las desapariciones.

Hay cosas que regresan
sin parecerse a lo que fueron:

una frase que sale de mi boca,
una canción que no escuchaba hace años,
un olor atravesando una habitación,

y de pronto
todo aquello que creía empapado
vuelve a respirar.

Hoy vine al mar
sin hacerle preguntas.

Ya no necesito saber
qué hizo con mis muertos.

Me quité los zapatos
y esperé.

Una ola borró mis huellas.

Otra dejó a mis pies
una concha rota.

La acerqué al oído.

No escuché el océano.

Tampoco mi sangre.

Pero algo semejante a una voz
atravesó el silencio.

No entendí las palabras.

Esta vez
no intenté recordarlas.

Devolví la concha al agua

y me quedé en la orilla,

escuchando.

Karen Brito Maturana (1983. Limache, Chile), ingeniera de profesión y estudiante de la Escuela de Escritura para Mujeres. Su oficio transita por la sensibilidad, la memoria, la pérdida y la transformación, desde una mirada íntima en la que confluyen la experiencia, la intuición y el simbolismo. *La muerte injusta* es su primera publicación literaria. Ha participado en distintas instancias de formación en narrativa y poesía, y recientemente fue reconocida como ganadora del concurso «Cartas que nunca se enviaron», de Ediciones Luminaria. Actualmente continúa desarrollando su voz literaria y explorando la escritura como un territorio donde la memoria y lo vivido encuentran nuevas formas de permanecer.

ROBERTO NICULCAR

DÉCIMAS INVERNALES

Esta noche tan oscura
Me va calando los huesos,
Deja mis versos impresos,
En la escarcha que murmura.
La nieve con su bravura,
Ya me quiere silenciar.
Logro en penumbra cantar,
Poemas que me consuelan.
En las sombras aquí vuelan,
versos que quieren varar.

tu voz no quiere cantar
se pregunta por tu quebranto
fue tanto tu desencanto
ya no me quieres mirar.
Es solo por preguntar,
lo que tu boca quiere silenciar.
Me deja ciego tu ausencia,
tu voz se esconde en el llanto.
Aquí estoico lo aguanto,
sin contar con tu presencia.

En este frío paisaje,

entre ásperas espinas,
van los surcos que caminas
rompiendo por lo salvaje.
Despegando los plumajes,
protegido por serpientes.
Es la ruta de valientes
a la que pocos se enfrentan
Donde el yugo te atormenta
y te rechinan los dientes.

DÉCIMAS NUMÉRICAS

Una palabra conmueve
Dos miradas que alumbran
Tres pisadas ya me encumbran
En cuatro intrigas que mueven
cinco secretos se deben
Remojarse en seis lavados
En siete mares soñados
Que cantan ocho presagios
Silbo ya en nueve naufragios
En diez puertos olvidados

En once islas me bajo
A las doce me tropiezo
Con trece sacos con peso
Catorce días trabajo
Con quince personas viajo
Bajo dieciséis estrellas
Diecisiete son muy bellas
Me dan dieciocho reflejos
Con diecinueve consejos
Que veinte verdades sellan

Veintiún cipreses me llaman
Veintidós ríos me inundan
Veintitrés tordos circundan
Y veinticuatro declaman
Que veinticinco reclaman
Veintiséis padecimientos
Veintisiete son tormentos
Son veintiocho incendios
Y veintinueve compendios
En mis treinta pensamientos

Treinta un dificultades
Son treinta y dos soluciones
Treinta y tres explicaciones
Treinta y cuatro verdades
De treinta y cinco mitades
Dan treinta y seis salvaciones
Pa los treinta y siete dones
Son treinta y ocho recuerdos
Con treinta y nueve concuerdo
Cuarenta son las razones

Cuarenta y un sentimientos
cuarenta y dos me afloran
cuarenta y tres incorporan
cuarenta y cuatro instrumentos
cuarenta y cinco elementos
cuarenta y seis con colores
de cuarenta y siete flores
cuarenta y ocho perfuman
cuarenta y nieve consuman
mis cincuenta con amores

Roberto Niculcar, (Valparaíso, 1974). Se graduó como Ingeniero Agrónomo en 2000 y en esos años comenzó a trabajar con el poeta Mauricio Redoles, participando en talleres de poesía y estudiando guitarra eléctrica. Se trasladó a Punta Arenas en 2004 y ha trabajado en varios proyectos musicales, como Guanaco en llamas y La tensa calma, que fusiona poesía y música. En el año 2025 publica en la Revista Poetikaos, lo que marca el inicio de su trabajo en décimas con su guitarrón chileno.

MOISÉS CÁRDENAS CHACÓN

EN LA CALLE

Del poemario Buenos Aires trámite

I

Me sentí como un gato perdido
y asustadizo.

Entre los hilos de la multitud
agilicé mis pasos
afilé mis uñas
lo vi a distancia
salté y agarré
el ratón de mi suerte.

II

Tomé el frenético tren.

Mientras la serpiente de metal

se desplazaba,
un pasajero
sentando a mi lado, dijo:
«Pásate un peine y usa la boina roja,
compra los diarios y dulce de leche,
toma el tren hacia el sur
que allá te irá bien».

quería hacerle caso
pues vi la verdad en sus ojos
pero
La ventana estaba cerrada,
y no pude salir.

III

La ciudad erigió sus monumentos,
se escondió detrás de los espejos

y de una casa deshabitada
huyeron fantasmas sin luna.
Cerati taladró mi cabeza
«me verás volar
por la ciudad de la furia».

Quizá Roberto y Piazzolla
caminaron con un acordeón
por la calle Corrientes
y se perdieron dentro de una librería
quizá los observó Girondo
con un libro de poesía
en las manos
la ciudad me ahogó.

IV

Contemplé la ciudad desde el tren,
«con la luz del sol
se derriten mis alas
solo encuentro en la oscuridad
lo que me une
con la ciudad de la furia»,
siguió Cerati rodando en mi cabeza.

La ciudad hurgó
en los refugios
las sombras.

La gente miró el carril
hacia un destino incierto,
las ventanas transpiraron
el sol incandescente
del mediodía
se posó sobre sus ojos.

V

Tomé un café para soportar
la mirada del empleado público.
Se coló el trámite
sobre la mesa
que se consumió en silencio.

Moisés Cárdenas Chacón (Táchira, Venezuela, 1981), es poeta, escritor, profesor y promotor cultural, radicado actualmente en Argentina. Es Licenciado en Educación, mención Castellano y Literatura (ULA, Venezuela). Dirige el grupo internacional Tierra Poética, orientado a la vinculación entre literatura y conciencia ambiental. Producción literaria seleccionada: Escrito en La Habana, poemario (Fondo Editorial Ollé, 2024). En el jardín de tu cuerpo, poemario (Sultana del Lago Editores, Venezuela, 2021). Su obra ha recibido reconocimientos como el 43° Certamen Internacional de Poesía "José Pedroni" (Argentina, 2024) y el Concurso de Poesía "Rosa Butler" (España, 2024), entre otros.

WILLIAM KEITH SUTHERLAND RUBILAR

POESÍA

Mi palabra
anegada en el abismo de tu boca
se marchita sobre la escena misma
cuando la luz
como quien abraza lo inabarcable
resuena eco agónico
sollozo canto sobre el extenso fosal
que ha de cubrir todo signo
onírico y polisémico
en ese preciso instante
que creíamos tenerlo todo
para salir huyendo
perdidos
sin lugar ni refugio
referencia o vestigio alguno
de aquella primera muerte
de aquel nacimiento previo
que brotó como historia

balbuceo primigenio
del vientre herido
ahí donde el hijo
moribundo y ya sin risa
grávido y profundamente cansado
bajo la derrota eterna
con la cruz siendo sus huesos
fue la vertiente que en su huida
encontró el lecho
el responso
que habita en la oscuridad
en el silencio y su voz íntima
perdida en lo vasto

Me despido
ajusticiado por lo dicho
en lo inefable
que nace
eso que habita el único recuerdo
envuelto en el letargo del olvido
ahí donde la vida
eterna andante y compañera
devora su anverso:
sobrevive solo un retablo
la memoria
de lo que antaño tuvo vida
y que ahora
desperdigado sobre un rostro sin cara
llora en silencio su dolor
el saber que siendo
jamás no será

La noria de feria
no detiene su paso
la palabra es aquella deshabitación
que acusa ausencia
sin embargo
los cuerpos extenuados
se resisten al silencio
pero la palabra fue lluvia
mojando nuestros cuerpos
lavó la santa imagen
de lo inmaculado
mostrándonos la carne y su tramo
la piel y su huella
acopió el motivo ingenuo
detrás de aquella puerta oscura
donde mi rostro sentose de lado
sobre aquella silla vacía
en el espacio sin muros de tu espacio
mientras a tu reflejo concedí mi oquedad

Embriagadora danza de significantes
tras los ventanales
es el aburrimiento
de cada domingo a su domingo
sintiendo el jadeo
el pálpito tiempo implacable
de una reflexión
disuelta en la penumbra
de este tiempo que nos ha fallecido
en su hora seca
tras la debacle de la representación
de los límites
frente a lo aún incomprensible
a lo ignorado que ignoramos
aquello que a diario negamos
y a diario sin saberlo
damos muerte

William Keith Sutherland Rubilar es un poeta y ensayista nacido el año 1981, en la ciudad de Punta Arenas, Chile. El año 2018 es incluido en la antología poética bilingüe español – mapudungun “Chem No Rume”, donde también figuran los poetas magallánicos Teresa Aravena y Niki Kuscevic. El año 2025 lanza el poemario “Guacho”. El año 2024 obtiene una mención honrosa en el concurso Magallanes en 100 palabras organizado por Fundación Plagio.

RICARDO OLAVE MONTECINOS

SINTAXIS DE LA *SAUDADE:* 4 POEMAS DE RICARDO OLAVE MONTECINOS



Portugal Blues · Bogavantes

El poeta, oriundo de Temuco, nos comparte cuatro poemas de su último libro, Portugal Blues, publicado por la editorial Bogavantes. Una navegación de idas y vueltas entre la memoria, la itinerancia migrante, la algarabía cosmopolita y la nostalgia de historias propias y ajenas, de amistades íntimas e imaginarias.

MANUAL PARA VIAJEROS ANTE DÍAS QUE SE HACEN LARGOS

Tenemos el alba para coquetear con las calles
Un sendero escondido que reordena pisadas
Filamentos de lembranças diamantadas que acompañan
A aquellos que vigorizan el espíritu
Cuando miran por su cuenta las cosas de este mundo
Ningún viajero camina solo
Lo acompañan las luciérnagas y los bichos
Vistos en extraños puntos de la tarde
Con la voz que anuncia la llegada del atardecer
Ningún viajero tiene todas las respuestas
Quedan expuestas al matinal suspiro ahogado
Agua fresca para limpiar el rostro
O las dudas del destino
Tenemos la certeza de que algo irá a pasar
Dejamos en manos del camino que aparezca
La postal más íntima
Incomparable a cualquier paisaje dionisiaco
El rostro de quien escuchará tu historia
Repetida entre tantos desconocidos que se cruzan
Guardando un sabor que quedará escondido
Ningún viajero queda sin aprender
Toda pieza se ajusta en su memoria
Para extraer algo en los lugares
Y guardar relatos incansables de repetir

MOEDA CHILENA

En toda moneda:
Un mártir, un animal en extinción
Un padre de la patria, un escudo poco respetado
Las leyes de la física, el hombre de Vitruvio
Cotidianas, perdidas en los bolsillos
Ninguna de ellas es como la tuya
Cada una sostiene el peso de ser
Un amuleto de la suerte
Toda moneda
Posee un valor incalculable
Cuando la encuentres
Escondida en cajones
Del museo de tus objetos
Que nadie puede ver
Si algún día la necesitas
Está ahí
Sigue en ti
Con todas las fortunas imaginadas

LOS RECUERDOS INEXACTOS

En las horas malgastadas
Esa vida que va tras la vitrina
Espera la noche para volver a soñar
Todo tiempo pasado sigue allí
Perdiendo extractos
Bajo un poema de Cavafis
Una hilera de velas
A tus espaldas
Enciende el recuerdo
Apaga el tiempo

LOS LUGARES

Tal vez nunca debí salir del pueblo
Donde cualquiera puede ser mi amigo.
«Pequeña confesión», Jorge Teillier

Nada posees
Solo los lugares que conoces
Viven dentro tuyo
El recuerdo es persistente
Tan fuerte que llego a creer
Que una historia vive aquí
El corazón palpita al recobrar la memoria
Viendo que las calles esperaban mi visita
El reloj, en lo alto, mantiene la promesa
De los visitantes de los lugares
De los jóvenes que han envejecido
Los lugares no desaparecen del todo
Permanecen ocultos
A la espera de quien posee las llaves
Que liberen las cadenas
Que los devuelva a la memoria
Junto al mirador del Seminario
Frente a los amigos que ya marcharon
La balada sostiene la ruta
Los abrazos de buena suerte
Se extienden por segundos
Para no dejar ir lo sentido
Aunque todos los pasillos
Me reciben como un viejo familiar
Dando señales de que he caminado
Aquí una vida entera
Asumo que no podré volver
Porque esos caminos
Esos rostros
Esas cartas
Las poseo, antes que se deshagan en mis manos

Ricardo Olave Montecinos (Temuco, Chile, 1997). Es poeta y periodista. Ha trabajado en medios culturales aportando artículos y traducciones. Cursó estudios en la Universidad de La Frontera, la Universidad de Coimbra y la Universidad de Sevilla. Publicó *Enclaustro* (Tortuga Samurái, 2022) y fue incluido en *Sur 90–XXI.* Antología de poesía joven de La Araucanía (Ediciones UFRO, 2025), volumen que reúne voces emergentes del sur de Chile. Recibió la Beca de Creación Literaria 2025 en género poesía por el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio. Es creador del Instagram @diariosderaulruiz, archivo digital dedicado a la memoria del cineasta.

"Mi lámpara, como la hoja trágica de un puñal,
atraviesa el corazón del alba."

WINÉTT DE ROKHA

TRADUCCIÓN



Hay un momento de reversión
dentro de la totalidad.

ANNE CARSON

TRADUCCIÓN

Por Alfonso Matus

Totalidad: el color del eclipse

de Anne Carson

Para celebrar el reciente premio Nobel otorgado a la poeta, ensayista, profesora y traductora de griego antiguo, compartimos la traducción de uno de sus ensayos breves, originalmente incluido en el libro *Decreation*. Va sobre eclipses, etimología, Virginia Woolf y los terceros ángulos de la intimidad, el deseo y la imaginación.

Podrías pensar que un eclipse total no tendría color. La palabra "eclipse" proviene del griego antiguo ekleipsis, "un olvido, renuncia, abandono." El sol renuncia de nosotros, somos olvidados por la luz. Y, sin embargo, las personas que experimentan eclipses totales se sienten conmovidas por descripciones tan potentes de su vacancia y vacío que esto mismo empieza a tomar color. ¿Qué es después de todo un color? Algo que no es un no color. ¿Puedes concebir un doble negativo de luz? ¿Sería eso como despertar de un sueño en la dirección errónea y hallarte a ti mismo en la parte trasera de tu mente? Hay un momento de reversión dentro de la totalidad. "Invierte la naturaleza," murmura Emily Dickinson. Mientras la sombra de la luna pasa sobre ti ——como una ráfaga de tristeza, un tornado, una bala de cañón, un dios corriendo, la escora de un barco, una dosis de anestesia subiendo por tu brazo (estas comparaciones abundan en la literatura)—— tú verás, a través de tu espectroscopio o trozo de vidrio ahumado, algunas de las líneas espectrales adelgazar, luego un flash y las líneas se revierten——hacia un espectro diferente con algunas líneas removidas y otras iluminadas. Ahora estás dentro de la sombra de la luna, que tiene cien millas de ancho y viaja a dos mil millas por hora. La sensación es estupenda. Pareciera desafiar a todo lo que has experimentado sobre la luz y el color hasta ese momento. Virginia Woolf, en su ensayo "El sol y el pez" (que registra eventos celestiales del 29 de junio, 1930, en Bardon Fell sobre Richmond), lee el desafío como una carrera:

> El sol debía correr a través de las nubes para alcanzar la meta, que era una delgada transparencia hacia la derecha, antes de que acabaran los segundos sagrados.

La carrera acaba en derrota y muestra los colores de la derrota:

> Y mientras los segundos fatales pasaban, y nos dábamos cuenta que el sol estaba siendo derrotado, había, de hecho, perdido la carrera, todos los colores comenzaron a irse del páramo. El azul se volvió púrpura; el blanco se hizo lívido como ante la aproximación de una tormenta violenta, pero sin viento. Las caras rosáceas se volvieron verdes, y se hizo más frío que nunca. Esta fue la derrota del sol.

Difícil saber cómo continuar, tras la inversión del color y la derrota del sol. "Este fue el fin," dice ella, "la carne y la sangre del mundo estaban muertas." Otros observadores de eclipses mencionan en este instante un sentimiento de maldad. Emily Dickinson, en breve: "El reloj de Jehovah: ¡se equivoca!" Annie Dillard, con más detalle:

> El sol partía y el mundo estaba errado. Los pastizales errados; estaban platinados... Este color nunca se ha visto en la tierra... Estaba parada en este, por algún error.

El error tiene su propio color y no se parece a nada más. Ni siquiera a otro eclipse, de acuerdo a Annie Dillard:

> Había visto un eclipse parcial en 1970. Un eclipse parcial es muy interesante. No muestra casi ninguna relación a un eclipse total. Ver un eclipse parcial conlleva la misma relación a ver un eclipse total a la que besar un hombre conlleva a desposarlo.

Atentos a la analogía. Las analogías drásticas abundan en la literatura de la totalidad; es también típico en este momento maldito, volvernos a pensamientos de besos y matrimonios. Muchas explicaciones mitológicas de eclipses involucran la copulación o la esperanza de ella. Por ejemplo, una vieja leyenda germana cuenta cómo la luna (masculina) estaba casada al sol (femenino) pero no podía satisfacer su fogosa pasión, él solo quería ir a dormir. Hicieron una apuesta: quien despertara primero en la mañana gobernaría el día. El sol, todavía turbulento a las 4 AM, ganó la apuesta, pero juró que no se iría a dormir con la luna de nuevo. Pronto ambos se arrepintieron de su separación y comenzaron a aproximarse el uno al otro (=eclipse). Tan pronto como se encuentran,

comienzan a pelear y toman caminos separados, el sol rojo sangre de ira. A los historiadores también les gusta asociar la totalidad al matrimonio, como en el famoso testimonio de Heródoto sobre el eclipse del 585 AC, que tuvo lugar en medio de la batalla entre los lidios y los medos. Ambos ejércitos quedaron tan remecidos por la situación solar, que culminaron la batalla y sellaron una tregua arreglando nupcias entre la hija de un rey y el hijo del otro. Los poetas también ven una conexión entre los eclipses totales y los arreglos conyugales. El antiguo poeta lírico Arquíloco menciona la totalidad en un poema del séptimo siglo AC en el que un padre desaprueba los planes matrimoniales de su hija:

> Nada en el mundo [dice el padre] es sorprendente,
> increíble o abjurable desde
> que Zeus hizo noche del mediodía
> y ocultó la resplandeciente luz del sol...

Tras esto el poema se vuelve fragmentario, pero el padre parece estar usando el eclipse como una analogía para la increíble elección de esposo por parte de su hija. Cuando el poeta Píndaro observó un eclipse total en Tebas (probablemente en el 478 o 463 AC) lo usó en su noveno pean. La descripción de Píndaro de "una estrella brillante robada del mediodía" está extraña pero dramáticamente engarzada con la alabanza romántica de una ninfa tebana llamada Melia, que "yacía unida al dios Apolo en su lecho ambrosíaco." Pero por lejos la más extraña pareja en la literatura de los eclipses es la compuesta por Virginia Woolf en "El sol y el pez." Este ensayo está, de hecho, enmarañado (en muchos sentidos) con el sexo. Un poco de especulación cognitiva da el punto de partida:

> Porque una visión solo sobrevivirá en el extraño estanque donde depositamos nuestras memorias si tiene la buena fortuna de aliarse con otra emoción a través de la cual se preserva. Las visiones se cansan incongruentemente, morganicamente (como la Reina y el Camello), y así se mantienen vivas la una a la otra... Las visiones se desvanecen, mueren y desaparecen porque fallan en su búsqueda de una pareja adecuada.

Luego sigue una intensa descripción de un eclipse total, que se desvía de una vez, tras la totalidad, hacia una instantánea de dos lagartos copulando en la senda del jardín zoológico:

> Un lagarto yace montado inmóvil sobre la espalda del otro, con solo el destello de un párpado dorado o la succión de un flanco verde para demostrar que son de carne viva, y no de bronce. Toda pasión humana parece furtiva y febril ante este éxtasis quieto.

Pero ella no está conforme con el éxtasis de los lagartos. El momento inmortal se casa inmediatamente con una tercera imagen: aquella de los peces nadando en los tanques del acuario de Londres. Los peces no son explicados; he preguntado a varios expertos en Virginia Woolf sobre esto y nadie parece saber por qué añade los peces a los lagartos. ¿Las imágenes mentales del eclipse y los lagartos no habrán hecho su punto y "se mantuvieron vivas la una a la otra" (como dice ella hacen las ideas incongruentes, en el extraño estanque de nuestra mente)? Y, sin embargo, ella complica deliberadamente esta nítida unión con un tercer ángulo de vista. Me pregunto si los terceros ángulos estaban en su mente ese día, mientras paseaba por Bardon Fell en la compañía de su esposo, Leonard, y de su amante Vita Sackville-West. Juzgando a partir de las anotaciones en su diario (30 de junio), ella miraba a Vita todo el día, miraba a Vita con su esposo, Harold Nicolson (a quien Virginia en otra parte de su diario describe como "un espontáneo hombre-niño... tiene una mente que rebota cuando él la deja caer"), mirando cómo iba el matrimonio con Vita:

> En nuestro carruaje estaban Vita & Harold, Quentin, Leonard y yo. Ese es Hatfield, dije. Yo fumaba un cigarro... había una estrella, sobre el parque Alexandra. Mira Vita, ese es el parque Alexandra, dijo Harold. Los Nicolson se adormecieron; Harold se dobló con su cabeza en la rodilla de Vita. Ella se veía como la Safo de Leighton, dormida; así nos hundimos en la región central, y nos quedamos por una larga estadía en York. Luego a las 3 sacamos los sándwiches, y yo vine del baño para hallar a Harold siendo limpiado de crema... Luego tuvimos otra dosis, o los N.'s tuvieron...

Era 1930. El matrimonio iba bien con la Sáfica Vita, el matrimonio iba bien con la virginal Virginia. Aparte de eso, gozaban su affaire, con ganas de pasar juntas el fin de semana posterior al eclipse en Long Barn (la finca ancestral de Vita). Aun así, la totalidad es un fenómeno que puede dar vuelta las proporciones de uno de adentro para afuera. Me pregunto si se detuvieron para mirarse la una a la otra, estas emparejadas y disparejas personas, en el plano expuesto de un momento ordinario de ese curioso, pesado, histórico, equivocado día. Repentino sentimiento de vejez. Viento negro tierra arriba. Traigan un abrigo les han dicho, y una pieza de vidrio ahumado. Se pondrá helado. Te dañará los ojos. La totalidad no tiene luz, y debería ser incolora, aun así, podría intensificar ciertas preguntas que cuelgan en la parte trasera de la mente. ¿Qué es una esposa después de todo? ¿Podrá esta estadía, podrá ésta mantenerme viva?

NOVELA · EXTRACTO

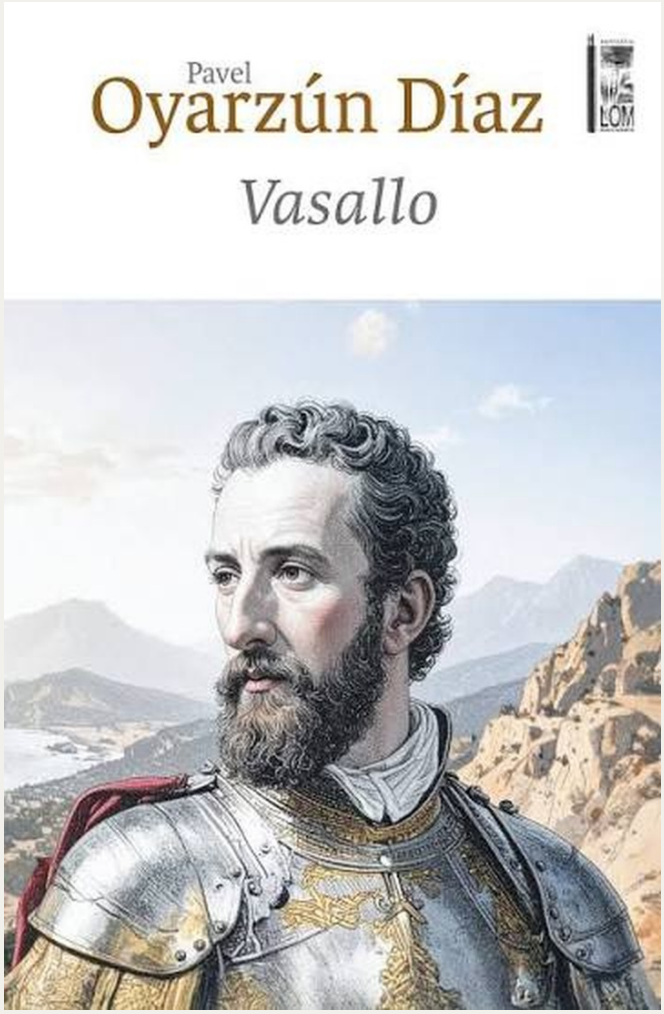
Pavel Oyarzún

52°20′ S · 68°21′ O
CABO VÍRGENES, ESTRECHO
DE MAGALLANES

Un extracto de la novela

Vasallo

de Pavel Oyarzún



Portada de la novela

CAPÍTULO I

Diego Jiménez de Medellín tardó doce años y cuarenta días en llegar a Villa de San Pablo de Piratininga, costa suroriental del Brasil. Había partido –según propia confesión– del cabo de la Virgen María, estrecho de Magallanes, en junio de 1584.

Llegó a Villa de San Pablo el año de 1596. Mes de agosto. Día octavo. Venía cubierto apenas por un taparrabo y una manta de cuero sin curtir. Exhibía una cabeza angosta, afilada, semicalva. Unas crenchas grises le caían desde la nuca hasta los hombros; otras cuantas formaban motas, detrás de sus orejas. Una barba rala, de pelusas blancas, le aguzaba aún más el mentón. En la travesía había perdido el ojo derecho; en su lugar ahora mostraba, tras el párpado a media asta, una especie de disco seco, que parecía un guijarro o una canica de un tono azulino. Además, también había perdido ocho dientes y seis muelas. Renqueaba de su pierna izquierda, por un puntazo en la rótula que aún lucía fresco. No obstante aquello, y no sin denuedo ni dolor, fue capaz de doblar esa rodilla cuando su fe así se lo impuso. Imploró y lloró con la cara hacia el cielo, los brazos en alto, la voz trizada y las mejillas hundidas, cruzadas por largos surcos, desde los pómulos a las quijadas. Parecía un indio viejo. Las manos descarnadas. Las piernas de hueso, casi negras. Los pies, como raíces, de dedos ganchudos. Torcidos. Cualquiera al verlo hubiese pensado que tenía los segundos contados, que con tres o cuatro pasos más que diera, caería muerto en la calle.

Sin embargo, Diego Jiménez de Medellín no moriría en aquel día.

Ni siquiera en aquel año.

Cuando su ojo izquierdo contempló Villa de San Pablo desde una colina que coronaba la caída de un riachuelo sin nombre, se anegó en lágrimas. Fue instantáneo. La emoción empañó su ojo de lince.

Entonces lloró como un crío. En realidad lloró y rio al mismo tiempo. Y babeó mucha espuma gruesa. Y mordió las puntas de sus uñas de ambas manos, largas y engarfiadas, tal si quisiera alimentarse de ellas. Dijo que le gustaba llevarlas así de largas. Por lo menos, las de los pulgares e índices, porque así parecían las garras de un yaguareté. La verdad es que el hombre no solo berreó y sollozó con el ojo izquierdo, sino también con sus pies que golpearon el suelo, con el pellejo de las costillas que se estiraba y contraía en cada espasmo, con las mandíbulas que castañetearon, con los hombros ora caídos ora alzados. O temblando. Con los pulmones, con los bronquios que acumularon moco, para que luego lanzara un esputo duro, como una

pedrada. Botaba, de ese modo, un poco de ira y dicha mezcladas. Soltaba el cuerpo de tanto tormento acumulado.

Aquella visión le pegó fuerte. Perdió el equilibrio. Trastabilló. La cabeza le pesaba como si llevara calzado su viejo casco de acero. Sintió el pecho oprimido. La garganta en un puño. Y ya no pudo hacer otra cosa que llorar. Lloró, por tres o cuatro minutos, de pie sobre esa colina. Ante su vista tenía a Villa de San Pablo, levantada sobre un llano verde, un tanto inclinado, envuelta por una gruesa capa de polvo que por momentos parecía borrarla. Pero estaba allí. Era real. Existía bajo aquella nube de polvo. Era de no creerlo. Era para rasgarse un brazo, para arrancarse los cabellos, la lengua. No había visto aldea o caserío cristiano desde el 26 de junio de 1584. Eso era mucho tiempo. Cuando alcanzó la rúa Santa Ifigenia y dio los primeros pasos por ella, para luego caer de rodillas sobre el empedrado bajo la mirada atónita de los testigos, que le veían como si fuera un espectro recién llegado del Infierno, pudo por fin creérselo del todo. Eso era verídico. Le estaba ocurriendo a él después de tantas penurias. Era su puñado de huesos el que proyectaba aquella sombra en las piedras de la calzada. No era una alucinación. Era él, Diego Jiménez de Medellín, soldado y vasallo del Gobernador y Capitán General del Estrecho, don Pedro Sarmiento de Gamboa, quien hacía su flamante entrada en Villa de San Pablo de Piratininga. Dios le había puesto allí tras haber salvado las más duras pruebas que hombre alguno pudiera soportar. Hacía un bello día, a pesar de la polvareda levantada por los caballos, las carretas. A pesar de la mirada de los curiosos. A pesar del hambre, de la fiebre, del cansancio de sus piernas de hilo.

Hasta aquella tarde, cuando el sol se hundía en el cielo del oeste, don Diego creía perdida su fe en Dios y en los hombres. Sabía perfectamente dónde había perdido aquella, su fe cristiana, que vino a él con la leche materna, en sus primeros minutos de vida: fue en las estepas. En las inmensas y desoladas estepas del sur de América. Allí, por igual, perdió su idioma. No recordaba cómo se habla en castellano. Qué más podría perder un hombre, balbuceó, pensó o berreó, tantas veces para sí y ante sí, en su escarnecida testa.

Pero en aquella escena, en plena calle, tal como hace Dios estas cosas, recuperó la creencia, así nada más, de una sola puñada divina. Comenzó a rezar el padrenuestro. Lo repitió diez veces. Recordó la oración hasta la última sílaba. Era como si de nuevo hubiese echado a andar su corazón, su mollera. Las palabras vinieron a su boca tal fuera este el único objeto de su vida: rezar el padrenuestro. No obstante aquello, como dijera a un pasmado García Bermúdez, recién cuando iba en la cuarta o quinta repetición del rezo cayó en la cuenta que lo hacía en un castellano de ley. Eso creía. Entonces sintió ganas de reír a carcajadas, pero se contuvo. Continuó, con la cabeza inclinada, el ojo cerrado, orando. Su corazón le decía, en cada latido, que no había hombre en todo este mundo que cargase con más creencia que él, así como lo vieran, de hinojos sobre el empedrado. Nadie. Ni siquiera Su Santidad Gregorio XIII. Dios me perdone, por decirlo.

El padre Antonio de Bárcena observaba a don Diego, conservando la distancia que alguien guardara ante una especie desconocida; mitad hombre, mitad bicho de monte. Quizás no supiera si acercarse o no. O acaso alejarse aún más, un par de pasos; quedar fuera de alcance. El cura no apartaba la mirada de esas manos, de las zarpas, cubiertas por una costra de polvo y sangre. Mantenía aquel tramo de distancia –unos cinco metros–, aunque el teniente Nogueira le había asegurado que don Diego era inofensivo. Que estaba tan débil que bastaría con asestarle un sopapo para desmoronarlo. Pero el cura Bárcena recelaba de aquel extraño desharrapado y sucio que permanecía sentado en el suelo, con la espalda pegada al muro, bajo el ventanuco cerrado de la celda. Bárcena pensó, por un instante, que la escasa luz del calabozo provenía de aquel ojo izquierdo que le observaba con una fijeza escalofriante. Parecía un ojo de fiera. De gato maracajá. Diez segundos después se llamó al orden. En realidad, se encabronó consigo mismo. Se puteó. Él era un hombre de fe, por Dios Santo. Todo un jesuita, ordenado hace más de veinte años. No podía sentir miedo ante otro hombre, más aún si aquel desdichado, como aseguraba, era un sobreviviente de la jungla y de otras tierras ignotas para la cristiandad. Que no parecía pesar más de setenta libras.

Pavel Oyarzún Díaz es un escritor magallánico de larga trayectoria. Docente, poeta y novelista con varias obras publicadas, ha explorado los diversos registros de la novela histórica con oficio y compromiso. Sus principales obras son: *El Paso del Diablo* (2004), *San Román de las Llanuras* (2006), *Barragán* (2009), *Krumiro* (2016) y *Será el Paraíso* (2019), a las que se une su última novela, *Vasallo* (2026), todas publicadas por LOM.

TERRITORIO

53°10′ S · 70°55′ O
PUNTA ARENAS

La lectura en voz alta como práctica compartida



Nuestra primera actividad como Revista Crisol, fuera del formato digital, fue la jornada de lectura de textos inéditos Narrativas Australes, que se realizó el 16 de julio a las 18:00 horas en el Espacio comunitario La Idea, en Punta Arenas. Abrimos un espacio para leernos y escucharnos, convocamos a escritoras, escritores, poetas, ensayistas y también a esas personas que toman notas y quieren compartir su escritura.

Con la consigna de que el ejercicio de leer lo propio en voz alta y ante otros, amigos, conocidos y desconocidos, puede ayudar a depurar la escritura. También, como una forma de contribuir al intercambio en la creación literaria. Llegaron en su mayoría poetas mujeres, un cantor con guitarrón chileno y un par de narradoras, compartimos un café, nos presentamos y disfrutamos de las lecturas compartidas junto a la bosca –que no daba abasto para combatir el frío del invierno magallánico, pero todos se quedaron hasta el final.

La actividad estuvo a cargo de Isabel Margarita Peña, editora de la revista Crisol y contó con la colaboración de Claudia "Tanu" Ávalos y Gianfranco Torteroglio; Michel Angelo, coordinador del espacio La Idea y la librería El Faro, que estuvo presente con una selección de libros a la venta.



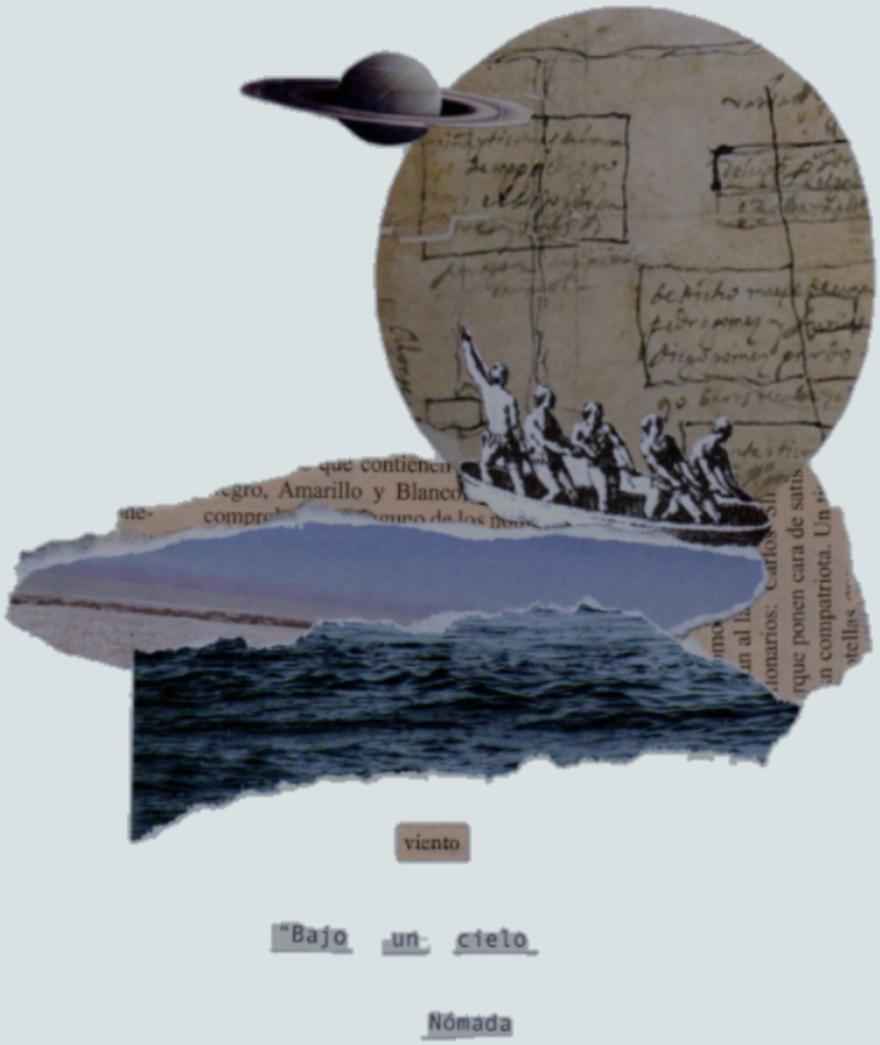




El próximo 10 de octubre abrimos el mismo espacio, pero esta vez en Puerto Varas, con Narrativas del Lago.

Cómo participar: Escríbenos un correo electrónico a revista.crisol.austral@gmail.com contándonos si leerás poesía, cuento, ensayo u otro y la extensión. Habrá tiempos delimitados para cada lectura y luego un espacio de diálogo y retroalimentación.

41°19′ S · 72°59′ O
PUERTO VARAS



...un pasaporte especial
para nómades imaginarios.

IMAGINARIOS

Imaginarios & (contra)noticias

La realidad es un laberinto cuyo centro secreto es un patio de juegos con una vía de salida que da hacia ninguna parte. Para no quedar atrapados en la sala de espejos hemos creado un pasaporte especial para nómades imaginarios. Presentamos nuestra colección de textos desaforados cuya brújula es el delirio y el sentido del humor.

CLOROHEGEL: NUEVO PRODUCTO DE HIGIENE FENOMENOLÓGICA CAUSA FUROR ENTRE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA



Para combatir la superstición del *amor por el saber* con la búsqueda del *saber real* la empresa de productos de higiene espiritual CloroSpirit ha lanzado al mercado su nuevo producto pensado para purgar las impurezas y sesgos fenomenológicos que confunden la percepción de las personas y su relación con lo absoluto. Ante la crisis perceptiva desatada por la proliferación de la inteligencia artificial y la generación de contenidos a través de todos los medios que han dejado en jaque la identificación de la autenticidad o lo real, este nuevo producto promete erradicar la contaminación del espíritu contemporáneo para retornar a una relación más directa con aquello que, para el filósofo, era la síntesis de la experiencia humana. El abandono de la dialéctica en pos de las prompts y la exteriorización del proceso cognitivo humano ha generado una hibridación entre mentes y algoritmos cuyas fronteras son cada vez más difusas. Con CloroHegel esa contaminación cruzada será abolida, purgando las contradicciones inherentes al diálogo entre humanos y máquinas, con lo que recuperará la capacidad de síntesis que el filósofo valoraba.

La versión del producto que se ha hecho más viral es el HeGel, un gel para cabellos de hombres que contiene un afrodisíaco secreto para atizar la circulación de hormonas y la líbido de los pensadores. Si es de esos filósofos que ocupa la cama para conversar con el cieloraso en vez de enredarse en las sábanas con una morena lectora de Sade, ahora podrá gozar con la potencia sexual del filósofo de Hena, uno de los pocos en la historia del pensamiento occidental con aventuras amorosas de calado. Famoso es el cahuín de cuando se comió a la hija del casero del hostal en que se hospedaba durante sus estudios. Es por eso que Derrida, en una de sus últimas entrevistas, dijo que a Hegel le preguntaría sobre su vida sexual, un tema mucho más estimulante que sus trabalenguas conceptuales y su prosa de museo abstracto en alemán al cubo fenomenológico. No dude más, haga la síntesis y lleve su CloroHegel y HeGel a un precio irrepetible.

DOS VENDEDORES AMBULANTES DISCUTEN EN PLENA PLAZA DE ARMAS SOBRE EL CAPITAL Y LA NOSTALGIA



La trifulca retórica ocurrió en plena plaza de armas de un pueblo de la provincia entre dos vendedores ambulantes. El vendedor de humo le achacaba al vendedor de *saudade* que se estaba llevando sus clientes sin hacer ningún tipo de esfuerzo más que poner bossa nova en sus parlantes y disponer su elegante sombrero de los años cincuenta sobre una silla de madera coja que le regaló un amigo anticuario.

Sebastián, el vendedor de humo en cuestión, declaró ante nuestro corresponsal que "el negocio iba excelente hasta que apareció el señor Carlos Souza con su insoportable afabilidad y su semblante derrotado acompañado de sus viejos vinilos. Había sido el mejor año del negocio, llevo diez años acá y la especulación nunca se ha visto tan favorecida por la incertidumbre como ahora. La gente ya no sabe a quién creerle, así que en ese contexto la venta de humo es una prenda segura. Ellos saben que no les prometo la luna, el producto es de sobra conocido y su fecha de caducidad no se presta para engaño alguno. Nunca he tenido reclamos de los conocedores, solo los neófitos reclaman antes de estudiar el negocio. Pero desde que llegó Souza, un obrero cesante, parte no menor de mi clientela ha cambiado el humo por la *saudade.* Y uno percibe el cambio en sus ojos, caballero, la mirada de los que eligen la *saudade* por sobre el humo de pronto deja de apuntar hacia adelante, alternan las alturas del cielo con las veredas, con los rostros de los vagabundos o los kiltros famélicos. Uno ve cómo pierden vitalidad, hasta se podría aventurar que se puede transformar en un problema de salud pública. Mis clientes son asertivos, ambiciosos, siempre están en busca de acción, de una oferta atractiva o empecinados en sacar adelante sus emprendimientos. Y Souza ahí parado tocando su guitarra desganado o tomando la siesta junto a su silla, acurrucado sobre diarios viejos como quien no quiere la cosa."

Cuando nuestro corresponsal se aproximó a Souza para tomar sus declaraciones se quedó un buen rato parado escuchando el disco de Jobim que giraba en la tornamesa mientras Souza fumaba lento un cigarro y su mirada se perdía entre techos y palomas. El trance lo sumió en una modorra tan grata, la piel tibia, la sangre corriendo sin apuro hacia sus extremidades, que nuestro corresponsal olvidó el motivo de su presencia en el lugar hasta que Souza rompió el hielo y le preguntó qué tal le había parecido el disco. A continuación, se perdieron conversando sobre los tiempos en que Souza trabajaba en las obras de una iglesia que no terminó de construirse: "Era lindo, sabe, reposar sobre los andamios. Mirar a la gente pasar y fumar toda la mañana. Sobre todo, cuando el jefe de obras nos dijo que las faenas quedarían en pausa por tiempo indefinido. Ni siquiera me molesté en bajar de los andamios, dormía ahí junto al campanario y tocaba la guitarra. De vez en cuando alguna muchacha me venía a visitar y eso era suficiente. Con la guitarra y mis discos no necesitaba más. Cuando me pidieron que abandonara el lugar no encontré nada mejor que venir acá. Hay que hacerle caso a Vinicius de Moraes, un bocadito de tristeza es necesario para valorar la belleza de una mujer y la alegría de vivir. Quizá por eso la gente empezó a pagarme la *saudade.* Ese otro se puso celoso, pero qué le vamos a hacer, ya escuchará, ese es el problema de los vendedores de humo, no escuchan a nadie más que a sí mismos. Yo escucho a las palomas, los ladridos de los perros, los susurros de los cables eléctricos, el llanto de un niño allá arriba en el departamento con las ventanas tiznadas por la contaminación; y, sobre todo, el sonido del amor, esa vibración que es parte risa parte susurro, en la voz de una muchacha perdida entre la gente caminando del brazo con su amante. Linda tarde, no le parece. ¿Me acompaña a tomar un café?"

MANUSCRITO APÓCRIFO HALLADO EN EL CAPARAZÓN DE UN CARACOL

¡Arquitectos del rocío, uníos!

El fantasma de los arquitectos de Babel recorre las arterias digitales y ha comenzado a invadir todos los frentes de la realidad. Defender el terruño es un imperativo, aún no es demasiado tarde para los surcos y las semillas de la imaginación. Los que pisan a los caracoles mientras caminan hipnotizados por sus pantallas portátiles son los mismos que han olvidado que sus manos no están aquí solo para reproducir imágenes y videos, sino para obrar y transformar la materia. Artesanas, sanadores, obreros, tejedoras, cantores, arquitectos y soldados del rocío, el destino común está en vuestras manos.

La piedra angular es invisible y ellos no la pueden tocar. El ojo que todo lo ve solo los lleva hacia la oscuridad, porque la diana de la luz está en lo que solo se ve sin ver. Ellos construyen palacios y parnasos en el aire, datacenters que secan la tierra y búnkers que los ocultarán cuando llegue la catástrofe. Sus oráculos te quieren pasar gato por liebre, traficantes de datos por avatares de anime, alucinaciones de algoritmos por entradas de enciclopedia.

La música de las esferas está del lado de quienes escuchan, en silencio, bajo la noche estrellada o en la quietud de sus habitaciones; en la comarca del ocio, allí donde nada se hace y se empollan las obras verdaderas. Escuchen la lluvia, el oleaje del mar y el viento que baja desde la cordillera: el coro de la naturaleza canta para quienes tienen oídos para oír. Es fundamental omitir el ruido blanco y el canto de las sirenas digitales. La partitura del porvenir está diseminada por las laderas del volcán, la orquesta muda del sotobosque, la confluencia de ríos y mares, los tallados geológicos de fiordos y glaciares, los ecos que viajan por el desierto y el rocío que fecunda las viñas de los valles. La piedra viva late en sintonía con sus corazones. Recuerden el dicho: más Vivaldi, menos Pavarotti. Sacrifiquen la distracción, eleven la plegaria de la atención y creen, una vez más, lo nuevo anterior, ese antaño que late bajo la piel. Volvamos a cultivar el kimün, la capacidad negativa y la imaginación.

¡Arquitectos del rocío, uníos!



«Le secret de l’histoire naturelle» · manuscrito iluminado, BnF Gallica

“La atención absolutamente pura y sin mezcla es oración.”

SIMONE WEIL

LITERATURA — TERRITORIO — IMAGINARIOS
EDICIÓN 1 — INVIERNO
REVISTA.CRISOL.AUSTRAL@GMAIL.COM

WWW.REVISTACRISOL.COM

Crisol

revista literaria